

# Los principios fundamentales de la Cruz Roja

COMENTARIO

por Jean Pictet

*(Continuación)*

Los principios de humanidad y de no discriminación quisieran que todos los hombres fuesen plena e inmediatamente socorridos. Desafortunadamente, en la realidad, los recursos disponibles son insuficientes para remediar, a la vez, todas las miserias. Por ello, es necesario un criterio de reparto. He lo aquí: para sufrimientos iguales, la ayuda será igual; para sufrimientos desiguales, la asistencia será proporcional a su intensidad y se tendrá en cuenta la urgencia respectiva. Para la Cruz Roja, hay distinciones lícitas, e incluso obligatorias, que habrán de hacerse entre los hombres: son, precisamente, las que se fundan en las necesidades.

La proporcionalidad es uno de los principios esenciales para la acción de la Cruz Roja, incluso si se ha tardado mucho tiempo en descubrirlo. Sin embargo, uno de los dirigentes de una Sociedad nacional ya lo había comprendido y escribió: « No hay más que una regla para la Cruz Roja: la mayor ayuda para la mayor necesidad » <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Sir John Kennedy, vicepresidente ejecutivo de la Cruz Roja Británica: « There is only one rule for the Red Cross: the greatest help to the greatest need » (1946).

Sería injusto prestar la misma ayuda a personas que tienen distintas necesidades. El buen sentido lo indica. Tomemos un ejemplo muy sencillo. Tras una comida en el campo, sobran dos panes. Se encuentra a dos viajeros: el uno no tiene hambre, está satisfecho. El otro no ha comido en todo el día. ¿Qué haría usted: dar un pan a cada uno de ellos? No, por supuesto, usted daría los dos panes al que tiene el estómago vacío.

## **La práctica de la Cruz Roja**

El principio de proporcionalidad, que parece evidente, es, sin embargo, difícil de aplicar plenamente en la práctica; tropieza con muchos obstáculos.

Tomemos ejemplos procedentes del ámbito de la Cruz Roja. Durante la Segunda Guerra Mundial, el CICR transportó y distribuyó en los campos de prisioneros de guerra de ciertos países grandes cantidades de paquetes de socorros, que recibía de los países de origen de tales prisioneros. Aceptó esa tarea porque es ya bueno que una parte de las víctimas reciba ayuda. Pero había también muchos prisioneros que nada recibían, porque su país no podía actuar. Entonces, el CICR hacía lo posible por lograr que una parte de los paquetes destinados a los más afortunados llegase a los más menesterosos. Los donantes consentían a veces, pero era excepcional y se trataba de un número muy reducido de casos.

Destaquemos también que las Sociedades nacionales de la Cruz Roja enviaron, en el transcurso del mismo conflicto, paquetes casi exclusivamente para sus compatriotas en poder del enemigo. Muy pocas veces pensaron en socorrer a los prisioneros enemigos internados en su territorio. Sin embargo, eso hubiera sido más fácil en lo material. Habría estado muy de conformidad con el espíritu de la Cruz Roja que las Sociedades nacionales proporcionaran un complemento de asistencia a los prisioneros de nacionalidad adversa en el respectivo país.

Las Sociedades nacionales saben lo difícil que resulta coleccionar dinero en favor de víctimas que se encuentran más allá de las fronteras. Se objeta con frecuencia: «ayudad, en primer lugar, en vuestro país, y después en el extranjero», porque esa forma de egoísmo nacional está muy extendida. Y, cuando la Sociedad nacional puede adquirir artículos, se solicita todavía que favorezca al comercio local, bajo pretexto de que

el dinero, procedente del país, debe emplearse en el país, incluso si los productos que allí hay son dos veces más caros que en otras partes.

Otra cuestión: se ha comprobado que, cuando los neutrales ayudan a personas de un país en guerra, quieren hacerlo según tal o cual afinidad personal, sentimental o práctica. Así, las personas de una profesión ayudarán a las de la misma profesión, los jóvenes ayudarán a los jóvenes, un partido político ayudará a sus simpatizantes, los adeptos de una confesión ayudarán a sus correligionarios. Y es humano. Como en la ayuda mutua familiar, cada uno se ocupa de los que de él dependen, para con quienes siente que tiene responsabilidades, dejando que los otros hagan lo mismo con otros grupos.

De igual modo, se ayuda con más gusto y más generosamente a los habitantes de las regiones más próximas, si son víctimas, por ejemplo, de una catástrofe. Se debe eso a que el hombre se siente naturalmente inclinado a no conmovirse más que ante sufrimientos que ve, que toca con sus dedos, porque despiertan su piedad y su sentido de solidaridad. Sin la lupa de la imaginación, la caridad es miope. Es como una ley física: la ayuda prestada por el público es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. Consecuencia: en un continente pobre, no hay más que pobres para ayudar a quienes son más pobres; en una zona rica, son los ricos quienes ayudan a los menos ricos <sup>1</sup>.

Un ejemplo: se recuerda el magnífico impulso de solidaridad que se registró tras la catástrofe de Fréjus, pequeña ciudad del sur de Francia, donde se rompió un dique. La cantidad de dinero colectada fue muy grande —millones de francos— para los pocos miles de siniestrados, que todos fueron reinstalados. Muy bien. Pero, en la misma época, un delegado del CICR regresó de Oriente y reveló la miseria de cientos de miles de personas desplazadas. Se hizo un llamamiento en su favor, que coincidió con el de Fréjus: no se recibieron sino cantidades irrisorias.

Si cada uno se ocupa de su prójimo, hay, por desgracia, personas que no tienen prójimos, personas de las cuales nadie se ocupa. Pues bien, la Cruz Roja está ahí precisamente para restablecer el equilibrio. Intentará conseguir donativos para quienes nada reciben. Porque es la Cruz Roja la que dice al desdichado: yo te amo porque nadie te ama, yo te amo porque se te odia.

---

<sup>1</sup> Como veremos, el desarrollo de los medios modernos de información hace que la distancia geográfica tenga, hoy, un cometido menor que en otro tiempo.

Por consiguiente, sería necesario que el público confíe en ella, que la apoye con regularidad, sin especificar una asignación particular para sus generosidades y que le deje repartir los donativos según solamente las necesidades que ella conoce y que ella puede comparar. Pero, desafortunadamente, el público no da « en frío »; da solamente, ya lo vimos, bajo el impacto de la emoción.

Por ello, es mejor informarle. He aquí lo que escribió sobre el particular, ya en los primeros tiempos de la Cruz Roja, la señora de Gasparin, una gran figura humanitaria: *En otro tiempo, las noticias tenían el paso lento; lo que se hacía del otro lado del mundo, no se sabía apenas sino un año más tarde. Si se trataba de sangre derramada, la tierra había tenido tiempo de absorberla; si eran lágrimas, el sol había tenido tiempo de secarlas. Los dolores que no hablaban desde muy cerca dejaban el corazón suficientemente tranquilo.* Y es Moynier, uno de los fundadores de la Cruz Roja, quien prosigue: *Se sabe actualmente, cada día, lo que ocurre en la tierra entera... el tiempo ya no interviene para embotar las impresiones... Las descripciones que aparecen en los diarios... colocan, por así decirlo, a los agonizantes de los campos de batalla a la vista del lector y hacen resonar en sus oídos, al mismo tiempo que los cantos de victoria, los gemidos de los pobres mutilados que colman las ambulancias.*

Estas impresionantes palabras son todavía mucho más verdaderas hoy, un siglo después, cuando el mundo tanto se ha « encogido » por efecto de los medios de transporte, de telecomunicación y de información rápidas, por la radio y la televisión. Así, resulta que el « prójimo » es ahora también el « lejano », son las multitudes que sufren por doquier en nuestro globo.

Hay que ver en eso una gran mejora para los desheredados. En primer lugar, porque se conocen más pronto y mejor las desdichas de los hombres, después porque el socorro llega más rápidamente. Por último, y sobre todo: las personas felices, los « privilegiados », quienes comen a voluntad, ya no pueden ignorar las penurias: las que les persiguen y les avergüenzan, hasta tal punto que ya no pueden soportarlas y que, para recuperar el sueño, habrían ellos de echar mano a su cartera.

Pero una mejor información supone también un peligro: el de saturar al público, estragar su sensibilidad y « vacunar » contra los llamamientos a su generosidad.

Otras circunstancias pueden también aportar temperamentos al principio de proporcionalidad. Tomenos un ejemplo en la vida cotidiana.

Sale usted de su apartamento y, a cada lado de la puerta, hay un solicitante. Si tiene usted prisa, dará a cada uno la misma cantidad. Pero si puede mirar a los dos individuos, verá que uno de ellos es anciano: debería recibir más. Pero el otro, aunque es joven, no tiene un brazo. ¿Es éste el más digno de piedad? Si tiene usted tiempo, les hablará y se enterará de que el de más edad es un refugiado, está solo en el mundo, pero que el más joven tiene hijos a su cargo. Y se podrían multiplicar hasta el infinito las razones de favorecer al uno o al otro. Dar lo mismo a cada uno está ya bien, a falta de una asistencia más atenta, más apropiada. La distinción en el socorro es un camino arduo. Requiere mucho trabajo, tiempo, y digámoslo, mucho amor.

Si para el particular que intenta ser justo y puede comprometerse en el detalle de los casos individuales, con tal de que no sean demasiado numerosos, resulta sencillo, es, en cambio, imposible para una institución hacerlo a nivel de ayuda mutua colectiva y, con mucha más razón, internacional: no dispone ni de tiempo ni del personal que se necesitaría.

Cuando se tiene una sola dosis de suero para dos enfermos, no se la reparte, porque ninguno de ellos sanaría. Por penoso que sea elegir, habrá que dársela a uno de los dos. De la misma manera y en general, ni siempre es posible ni oportuno fraccionar los socorros hasta el infinito. Para ser eficaz, la asistencia debe ser, con frecuencia, completa, prolongada. Así pues, es mejor entonces realizar a fondo una acción asistencial cuyo objeto es limitado, más bien que esparcir en muchos lugares los recursos que en todos ellos serían insuficientes.

Aquí, tocamos con el dedo una verdad destacada en la introducción, es decir, que los principios son de índole teórica. En la práctica, no se puede siempre tomarlos al pie de la letra. Pero si su valor es relativo, no por eso es menos grande: muestran el ideal al cual hay que tender.

## **Un poco de filosofía**

En la sección anterior, evocamos el problema filosófico de la igualdad y de la desigualdad entre los hombres, al tratar de su igualdad. Abordaremos ahora el aspecto de la *desigualdad*.

Desde finales del siglo XVIII, se admite que las riquezas del mundo no deben aprovechar solamente a un puñado de privilegiados. Se ha

comprendido también que el sufrimiento, la pobreza, la enfermedad y la ignorancia no son el destino fatal e inevitable de la gran masa de individuos. Por consiguiente, se reivindica, para cada uno, una parte del patrimonio común, un lugar al sol, una parcela de felicidad.

También se ha comprendido que intentar crear la igualdad completa entre los hombres sería un contrasentido, dadas las múltiples diferencias que los separan, y que resultaría absurdo pensar que todos los seres pueden poseerlo todo y conocer el paraíso en la tierra. Así pues, se ha buscado un término medio razonable, es decir, ofrecer a todos un mínimo de ventajas: lo que cada uno solicita para sí mismo y que está, al mismo tiempo, dispuesto a reconocer a los demás. De ese modo, se habla de igualdad de trato y de mínimo vital.

Pero los hombres tienen necesidades radicalmente diferentes, sea por razón de la propia naturaleza, sea porque el curso de la vida ha roto la igualdad entre ellos. La equidad conducirá a restablecer el equilibrio. Ahora bien, poner los hombres a un mismo nivel, es ocuparse lo más eficazmente posible, en primer lugar, de los más desprovistos de entre ellos; es repartir la asistencia en la proporción de la escasez. No se puede remediar una desigualdad en la situación más que mediante una desigualdad en la ayuda prestada.

Tomenos un ejemplo totalmente ajeno a la Cruz Roja: las contribuciones públicas. Hubo un tiempo en que solamente los pobres pagaban los impuestos. Esta escandalosa injusticia fue el origen del movimiento revolucionario, a finales del siglo XVIII. ¿Ordena la equidad, entonces, reclamar el mismo impuesto a cada uno? De ningún modo. Se ha admitido en todas partes el principio de la proporcionalidad: cada uno hace una contribución relacionada con sus ganancias y sus posesiones. Es más, se aplica ya un sistema de progresividad: los ricos pagan los gastos del Estado en cuantía más que proporcional, pues cuanto los recursos de una persona más se alejan, hacia arriba, del mínimo vital, tanto más aumenta lo superfluo, que puede gravarse onerosamente. En esto se tiene en cuenta un justo motivo deducido de consideraciones económicas.

El principio de no discriminación, ya enunciado, no puede entenderse en forma absoluta. Requiere un correctivo. Hay distinciones que es legítimo, incluso necesario, hacer. En el tema que tratamos, son las que se fundan en el sufrimiento, las necesidades o las debilidades naturales, y solamente en eso. Así, se harán distinciones en favor de los individuos

para remediar las desigualdades resultantes de estos factores. Por ello, todavía más que igualitaria, puede decirse que la Cruz Roja es igualizadora.

### 3. IMPARCIALIDAD

Si es poco oportuno clasificar los principios de no discriminación y de proporcionalidad en la misma sección, es inexacto dar a esa sección el nombre de imparcialidad, porque ésta es una cualidad personal del individuo llamado a juzgar, a elegir o, para « el hombre de Cruz Roja », a distribuir socorros o a prestar asistencia. La imparcialidad propiamente dicha se manifiesta en la aplicación de normas anteriormente estipuladas y reconocidas como válidas, sin ceder, por interés o por simpatía, a una tendencia en favor o en contra de las personas afectadas. Para la Cruz Roja, tales normas son, precisamente, los tres principios que ya hemos examinado —humanidad, no discriminación y proporcionalidad—, que son las reglas de acción de la Cruz Roja, o principios sustanciales.

Con la imparcialidad propiamente dicha, comienza otra serie de tres principios —en la cual encontraremos también la neutralidad y la independencia—, que hemos llamado principios derivados y cuya finalidad es garantizar a la Cruz Roja la confianza de todos, que le es indispensable. Ya no estamos en el ámbito de los fines, sino de los medios.

En la Proclamación se reitera el error que la Cruz Roja había cometido en sus comienzos, es decir, confundir la imparcialidad con la no discriminación entre los hombres; haciendo eso, ha tomado como principio mismo la manera de aplicarlo. La no discriminación procede de la noción de igualdad entre los hombres; ésta se deriva de una reflexión filosófica sobre la naturaleza de la especie humana; atañe al objeto mismo de la acción: los seres humanos que sufren. Por el contrario, la imparcialidad es una cualidad que se espera tengan los agentes llamados a actuar en favor de esos seres humanos que sufren. Si no la observan, son agentes infieles.

Se puede decir también, en otros términos, que el principio de no discriminación suprime las distinciones objetivas entre los individuos. El principio de imparcialidad suprime las distinciones subjetivas. Tomemos algunos ejemplos: si una Sociedad de socorro excluye de su

solicitud a una categoría determinada de individuos (digamos, por razón de su pertenencia étnica), viola el principio de no discriminación. Pero si uno de sus colaboradores beneficia más a uno de sus amigos con respecto a otros, o perjudica a alguien a quien no ama, contraviene la imparcialidad.

Es muy cierto que, una vez sentado y admitido el principio de no discriminación, el principio de imparcialidad propiamente dicho no tiene, en absoluto, la misma importancia; lo que no significa, sin embargo, que sea necesario renunciar a expresarlo, pues la parcialidad es insidiosa, por el hecho mismo de que, con la mayor frecuencia, no se presenta a la luz del día, sino que maniobra en las sombras. Además, la imparcialidad se equipara con el ideal mismo de la Cruz Roja, que le ordena no excluir a nadie de su atenta solicitud.

Los redactores de la Proclamación no retuvieron la noción de imparcialidad propiamente dicha, o, por lo menos, consideraron que quedaba cubierta. Recibió, en 1955, la redacción siguiente<sup>1</sup>: *La Cruz Roja actuará sin favoritismo, ni prevención para con alguien*. Podría decirse con mayor precisión: *los agentes de la Cruz Roja actuarán...*

Para definir la imparcialidad, hay que remontarse al término de parcial, que es su origen. Parcial significa: que toma partido a causa de prevención o de preferencia personal. Se encontrarán esos dos elementos en la expresión contraria, pero la negación no se refiere más que al móvil. Así, no se puede llamar imparcial a quien no actúa —sería confundir imparcialidad y neutralidad—, pero es imparcial quien, cuando actúa, lo hace sin prevención.

La imparcialidad supone que el hombre llamado a actuar tenga una libertad suficiente. Tal libertad es doble: se entiende para consigo mismo y para con el mundo. La última, es la independencia, de la que hablaremos en otro capítulo. En cuanto a la libertad interior, es, tal vez, más difícil de conquistar: la pasión, los complejos psíquicos, los prejuicios falsean el comportamiento de los seres y, lo que es grave, con la mayor frecuencia, sin que ellos lo sepan. Destacando lo ardua que resulta la imparcialidad, Goethe dice en sus Aforismos: *Puedo prometer ser sincero, pero no ser imparcial*.

La imparcialidad se basa en un examen preciso, completo, objetivo de los problemas, y en una apreciación exacta de los valores en cuestión.

---

<sup>1</sup> J. Pictet: *Los Principios de la Cruz Roja*.



Requiere un esfuerzo mantenido para «despersonalizar» la acción caritativa; será, a veces, el fruto de una victoria conseguida tras larga lucha consigo mismo.

Hay, sobre todo, riesgo de parcialidad en los casos de guerra civil, de disturbios interiores o de tensiones políticas. En tales conflictos, se conoce demasiado bien al adversario y se tienen razones personales para detestarlo. Tan es verdad que, todavía en 1912, una Conferencia Internacional de la Cruz Roja se negó a abordar la cuestión de la asistencia a las víctimas de las guerras civiles: uno de los delegados dijo que «la Cruz Roja no podría tener deberes que cumplir al lado de insurrectos, que no pueden ser considerados sino como criminales». Desde entonces, afortunadamente, las Conferencias de la Cruz Roja ; han llegado a un más sano concepto de los principios de la institución !

En los límites del respectivo país, una Sociedad de la Cruz Roja prestará su asistencia a todos aquellos que sufren. Ni los culpables serán excluidos, si tienen necesidad; lo que, a veces, se ha comprendido mal. Ahora bien, la Cruz Roja no se mezcla, para nada, en el ejercicio regular de la justicia; su acción no va contra el derecho esencial que el Estado tiene a reprimir las infracciones contra las leyes. Lo que solicita la Cruz Roja es que cada uno sea tratado humanamente; si el individuo es culpable, será condenado por los tribunales; pero deberá beneficiarse de un régimen conveniente y recibir la asistencia que requiera su estado de salud.

Para terminar esta sección, reproduciremos, entre mil posibles, una anécdota vivida y muy conmovedora que muestra que, en las situaciones más opuestas, el ideal de la Cruz Roja puede triunfar a pesar de todo. En un país presa de la guerra civil, el fiscal del Tribunal Supremo hace detener a uno de los jefes de la revolución. Como represalia, el movimiento insurrecto pone precio a la cabeza del fiscal. Ahora bien, la Cruz Roja de ese país recibe un llamamiento de socorro: es urgente acudir al lado de un herido grave en la zona de combates. No lo duda, envía una ambulancia a pesar del peligro y le salva. ¿Quién es el herido? Es el hijo del jefe revolucionario detenido? ¿Quién conduce la ambulancia? Es la esposa del fiscal que hizo detener al padre. *Omnia vincit amor* <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En todo triunfa el amor (Virgilio).

### III

## NEUTRALIDAD

*Con el fin de conservar la confianza de todos, se abstiene de tomar parte en las hostilidades y, en todo tiempo, en las controversias de orden político, racial, religioso o filosófico.*

### Generalidades

En el texto de 1955 se lee: *La Cruz Roja debe observar una estricta neutralidad en el aspecto militar, político, confesional y filosófico*<sup>1</sup>.

Ninguna idea ha suscitado, en la Cruz Roja, más confusión que la de neutralidad, pues ese término abarca varias nociones distintas. Antes de analizarlas, se imponen algunas consideraciones generales.

La palabra « neutral » procede de una palabra latina que significa: ni uno ni otro. Es, pues, una noción esencialmente negativa: es neutral quien no toma partido en un conflicto.

La neutralidad no tiene, en sí misma, valor moral. No puede ser apreciada más que en función de las circunstancias. Adquiere un aspecto moral y puede tener, incluso, grandeza cuando procede de una voluntad bien definida, que permitirá a una institución poner en práctica sus principios fundamentales y cumplir fielmente su misión; tal es, precisamente, el caso para la Cruz Roja.

A nivel general, la neutralidad supone dos elementos: una actitud de abstención y la existencia de personas o de colectividades que se opongan. Pero si la neutralidad determina la actitud de la Cruz Roja para con los

---

<sup>1</sup> J. Pictet: *Los Principios de la Cruz Roja*.

beligerantes o las ideologías, no determina nunca su comportamiento para con los seres que sufren, porque, en primer lugar, los heridos no se atacan entre sí. Además, y sobre todo, lo peculiar de la Cruz Roja es obrar y no permanecer pasiva <sup>1</sup>.

Se han confundido frecuentemente neutralidad e imparcialidad, por el hecho de que una y otra implican colectividades o teorías en oposición y requieren una cierta reserva. Pero estas nociones son muy diferentes: el neutral se niega a pronunciarse; el imparcial elige según reglas pre-establecidas.

La neutralidad exige un dominio real sobre sí mismo; es una disciplina que uno se impone, un freno para la tendencia impulsiva de las pasiones. Quien sigue el camino arduo verá que es raro, en una controversia, que una parte tenga enteramente razón y la otra esté totalmente equivocada; sentirá la futilidad de los motivos a los que con frecuencia se apela para lanzar pueblos unos contra otros. A este respecto, se puede decir que la neutralidad es un primer paso hacia la paz.

Si la neutralidad es, como la imparcialidad, con tanta frecuencia, desconocida y rechazada, es porque cada uno quiere ser, a la vez, juez y parte, sin tener un criterio universalmente válido. Cada uno se imagina, no sin ingenuidad, que su causa es la única justa: no adherirse a la misma es, pues, ofender a la verdad y al buen derecho.

## Comentario

### a) La confianza

El texto de la Proclamación comienza con las palabras *con el fin de conservar la confianza de todos*. Estas palabras no forman parte del principio, explican solamente el porqué. Valen también para la imparcialidad propiamente dicha, de la que ya hemos hablado, y para la independencia, de la que hablaremos. Estamos realmente en presencia de tres principios, que hemos llamado derivados y que no pertenecen a los fines, sino a los medios. Contribuyen a la aplicación de los tres grandes principios, llamados de acción, y garantizan el buen funcionamiento de la institución.

---

<sup>1</sup> Para tomar un ejemplo que es conocido de los cristianos: en la parábola del buen samaritano, quien para con el herido es neutral, es el levita, el que pasa, indiferente al drama que acaba de tener lugar entre el viajero y los ladrones. El samaritano interviene, tal vez, poniendo en peligro su vida.

La confianza es, para la Cruz Roja, un elemento vital: sin ella, no se le confiarían ya —el término lo indica— tareas de utilidad pública, y no se le harían ya donativos. Si una Sociedad nacional o sus agentes entablasen luchas ideológicas, ¿cómo imaginar que conserven su crédito ante los partidos de oposición y que en caso de crisis —pensamos, sobre todo, en el conflicto interior— sean admitidos a continuar teniendo su cometido en los dos bandos?

Sin embargo, estas palabras explicativas han sido criticadas, como demasiado débiles y con solamente una de las razones que justifican la neutralidad. Sin duda, será necesario ser más explícitos en una futura revisión. Se podrá decir, por ejemplo: *con el fin de conservar la confianza de todos y de mantener su unidad.*

**Jean PICTET**

*(Continuará)*